Pedro Ribas

Para leer a Unamuno

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 2002
Segunda edición: 2016

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Miguel de Unamuno
© Album
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Pedro Ribas Ribas, 2002, 2016
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2002, 2016
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-447-5
Depósito legal: M. 18.080-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11 Abreviaturas y signos empleados
13 Prólogo
19 Prólogo de la segunda edición

1. ¿Quién era Unamuno?
23 1. Hijo de indiano
29 2. Bachillerato. Lectura de Balmes
30 3. Madrid. La universidad
35 4. Tesis sobre la lengua y la cultura vascas
41 5. El aliento positivista

2. Unamuno escritor
45 1. Articulista de prensa
50 2. Poeta de la desnudez

3. El País Vasco y Castilla
58 1. El primer choque
61 2. Unamuno descubre la ciudad castellana. El Tormes y Gredos

4. La etapa socialista
69 1. Camino hacia el PSOE
76 2. Los escritos socialistas
87 3. Después del socialismo
95 4. Lo que Unamuno rechaza de Marx

5. La ficción literaria y el ensayo
102 1. Las novelas

116 2. ¿Y el teatro?
120 3. Unamuno ensayista

6. La religión
126 1. Introducción
130 2. La crisis
135 3. La fe y el dogma

7. La filosofía
154 1. Introducción
164 2. Corriente en la que se inserta Unamuno
170 3. ¿Unamuno hegeliano?
187 4. Intrahistoria-*Volksgeist*
190 5. Unamuno y Schopenhauer
195 6. Unamuno y Kant
208 7. Una peculiar lectura
212 8. Lo decisivo para Unamuno

8. Unamuno, la generación del 98 y el tema de España
214 1. El mito del 98
219 2. Protestantismo liberal y catolicismo
223 3. Visión de España
229 4. Unamuno ¿europeísta?

9. El pensamiento político
236 1. Introducción
239 2. Campaña agraria
247 3. La guerra europea
255 4. El destierro
260 5. Unamuno en la República (1931-1936)
276 6. Adhesión al golpe militar

295 Notas
317 Cronología
321 Bibliografía
337 Índice onomástico

Abreviaturas y signos empleados

CCMU:	*Cuadernos de la Cátedra,* Miguel de Unamuno.
D:	Unamuno, *Diario íntimo,* Madrid, Escelicer, 1970.
HS:	Hegel: *Werke* in zwanzig Bänden, Frankfurt a. M., Suhrkamp, 1971. Se cita por el número romano del volumen, seguido del número de página en arábigo.
LC:	*La Lucha de Clases.*
MEGA:	*Marx-Engels-Gesamtausgabe,* Berlín, Dietz, 1975-1989; la edición continúa hoy bajo la dirección de la IMES (Internationale Marx-Engels-Stiftung), la Fundación Internacional Marx-Engels, creada por el Instituto Internacional de Historia Social (IISG) de Ámsterdam, de la que hoy forman parte, además, una red de instituciones alemanas y rusas.
OCE:	Unamuno: *Obras completas,* editorial Escelicer, 9 tomos. En las citas, el tomo se indica en números romanos; a continuación, la página en arábigos.
PSOE:	Partido Socialista Obrero Español.
SPD:	Sozialdemokratische Partei Deutschlands (Partido Socialdemócrata de Alemania).

STV: Unamuno: *Del sentimiento trágico de la vida,* tomo VII de OCE.

UFL: Unamuno: *Filosofía lógica* (inédito de 1886).

UV: Unamuno: *Obras completas,* Barcelona, Vergara, 1959-1964, 16 tomos. En las citas, el tomo se indica en números romanos y, a continuación, la página en arábigos.

VQS: Unamuno: *Vida de Don Quijote y Sancho,* tomo III de OCE.

(

Prólogo

¿Un nuevo libro sobre Unamuno? ¿No son muchos ya los que existen sobre el autor vasco? Entonces ¿a qué viene un título más? Quizá no sea el autor mismo el más indicado para responder a estas preguntas. Por ello prefiero que sean los lectores quienes las contesten. Lo que sí me atrevo a asegurar es que Unamuno es una figura lo suficientemente rica y compleja como para dar lugar a muchos libros. Esto es lo propio de los grandes maestros de la cultura, el arte, el pensamiento. Nunca se dejará de escribir sobre Aristóteles, Leonardo da Vinci, Luis Vives, Shakespeare, Goethe, Mozart, Ortega y Gasset. Los maestros del pensamiento, la cultura, la ciencia o el arte lo son por su capacidad de seguir siendo faros que iluminan, deleitan o incitan con sus obras, o bien porque provocan debates acerca de problemas de nuestro mundo.

El caso de Unamuno es el de un autor que llena la historia del siglo XX en España. No en el sentido de que él

solo ocupe todo el espacio y no quepan otros autores, sino en el sentido de que, a partir de 1900, desde el rectorado de la Universidad de Salamanca, se convirtió en figura pública, interviniendo en Juegos Florales, en congresos, y pronunciando discursos en actos culturales. A esto se añade su calidad de filósofo, novelista, ensayista, poeta, dramaturgo y publicista de prensa. Los principales diarios de Bilbao, Madrid, Barcelona, Valencia, aparte de la prensa latinoamericana, solicitaban con frecuencia la pluma de Unamuno, que se prodigó sin descanso, derramando en esos medios miles de artículos a lo largo de su vida.

Unamuno tuvo, pues, una presencia pública importante desde principios de siglo. Sin embargo lo que este libro persigue no es analizar la figura pública de Unamuno, sino su dimensión de intelectual con una obra ensayística y literaria de gran envergadura. Para la realización de este análisis me sirvo fundamentalmente de textos del propio Unamuno, intentando mostrar el proceso evolutivo de su pensamiento.

Una de las cuestiones que considero más necesitadas de estudio y clarificación es la evolución del pensamiento de Unamuno. El tratar la obra del autor vasco como un bloque sin fisuras es una manera de deformar esa obra, ya que el Unamuno de la tesis doctoral, de 1884, es bastante distinto del Unamuno de años posteriores, hasta el punto de que pueden aducirse textos de diferentes épocas que afirman cosas opuestas sobre el mismo asunto. Esto ha sido a veces usado para desvalorizar al autor vasco con el argumento de que se contradecía, llegándose incluso a tacharlo de caso clínico. Pero estas acusacio-

nes pierden todo fundamento cuando se advierte que Unamuno evoluciona y reclama él mismo, insistentemente, el derecho de hacerlo. La vida es movimiento, cambio permanente, desde la niñez hasta la vejez y la muerte. Y a ello se acoge Unamuno para justificar su evolución. No cambiar es quedarse estancado.

Con esto no intento decir que la biografía de Unamuno sea una peripecia llena de sorpresas sin continuidad. De ninguna manera. Claro que hay continuidad y coherencia en su obra, pero el hecho de que emplee un estilo tan directo, confesional, dirigiéndose a un tú más que a un lector impersonal, hace que los matices de su evolución parezcan a veces contradicciones, cuando son en realidad variaciones acerca de temas constantes. Es cierto que su tendencia, tan humana y natural, a destacar en cada etapa lo que la diferencia o aleja de la anterior le lleva a subrayar tal diferencia criticando posiciones que eran las defendidas antes por él mismo. Ésta es una característica del pensamiento de Unamuno que ha confundido a algunos críticos haciéndoles pensar que la obra del vasco carece de unidad.

En este libro defiendo la coherencia y unidad del pensamiento de Unamuno, pero una unidad que debe ser vista dentro de una trayectoria con notables alternativas. De ellas surge la complejidad de su obra, sus paradojas y la provocación que éstas conllevan. Unamuno es autor que incita, que despierta curiosidad, que irrita también. No es autor de tratados sistemáticos, sino de ensayos que intentan impactar, no dejar indiferente al lector.

En cuanto a la originalidad de esta aportación, debo decir que no la he buscado de forma especial. El libro es

fruto de lecturas de la obra de Unamuno y de la abundante bibliografía existente sobre él. Aunque habrá en el texto multitud de puntos que proceden de sugerencias leídas en otros autores, no siempre he indicado esta procedencia, ante todo porque yo mismo no soy consciente de ello en todo momento y, en segundo lugar, por no recargar el libro de notas. De lo que sí estoy seguro es de que la obra que el lector tiene entre las manos debe mucho a distintos autores que han tratado los escritos de Unamuno. Carlos París, que fue mi director de tesis, al que me une amistad y admiración intelectual, Ferrater Mora, Rafael Pérez de la Dehesa, Carlos Blanco Aguinaga, Elías Díaz o Pedro Cerezo son algunos de los autores a los que quizá más debe el libro. Lo que no significa que les siga siempre o que no discrepe abiertamente de ellos en determinados puntos, como es normal en la vida intelectual. Estos autores, que son o han sido buenos representantes del intelectual respetuoso, serían sin duda los primeros en preferir la discrepancia franca a la adulación hipócrita. En las Jornadas sobre Unamuno, que se celebran periódicamente en Salamanca, he conocido también a numerosos investigadores de la obra unamuniana, a los que me siento muy ligado por lazos de amistad y de deuda intelectual.

Se ha dicho muchas veces que para estudiar a un autor hace falta un mínimo de simpatía hacia él, pues desde la animadversión o la falta de empatía no se puede comprender su obra. En mi caso, creo contar con la suficiente simpatía por la obra de Unamuno para abordarla sin prejuicios, pero tampoco debo ocultar que no soy un seguidor incondicional de todas sus posiciones, como lo

observará con toda claridad el lector que tenga la paciencia de leer estas páginas hasta el final. En este sentido me considero un crítico que intenta seguir la trayectoria intelectual de Unamuno para acercarla a otros lectores y que busca, sobre todo, situar su figura y su obra en el panorama histórico español. La lectura que esa obra ha tenido es parte inseparable de ella, ya que es la influencia o el efecto histórico que ha producido. No sólo trato, pues, de analizar la obra del autor vasco desde una lectura interna, sino desde una consideración histórica. Por supuesto, el historiador no aborda la historia con las manos vacías, sino que se acerca a ella con sus propios presupuestos. Éste es el punto delicado, el punto donde se puede incurrir en más errores, pero es también el que justifica a un autor para abordar la obra de otro.

El libro está escrito pensando en un público amplio, no en los especialistas. Por ello he intentado emplear un lenguaje accesible, que pueda ser leído sin dificultad por personas pertenecientes a cualquier actividad profesional. Espero haberlo conseguido sin restar un ápice a la seriedad del tratamiento. Siempre he pensado que es posible aunar esta seriedad, la de entrar a fondo en la obra de Unamuno, y hacerlo en un lenguaje que evite la jerga exclusivamente académica, siguiendo el ejemplo del propio Unamuno, que es siempre un escritor popular. En este sentido, he intentado ofrecer en las notas referencias que satisfagan al lector que exige documentación o que desea ampliar la información, a la vez que he procurado que el texto sea legible sin necesidad de atender a dichas notas.

Termino este prólogo dando las gracias a Ana Chaguaceda y al personal del Archivo Unamuno por la amabilidad con que me han atendido siempre en la obtención de materiales. De mi propia familia he recibido sugerencias que he seguido gustosamente y que han sido un gran estímulo para mí.

Madrid, septiembre de 2001

Prólogo de la segunda edición

En esta segunda edición se mantiene el texto de la primera. Sólo he cambiado algunos datos numéricos, referidos a los artículos publicados por Unamuno en el semanario socialista de Bilbao *La Lucha de Clases* (recogiendo las aportaciones de José Antonio Ereño Altuna), y también he añadido títulos en la bibliografía. Igualmente, he añadido al final unas páginas relativas a los años de la República y la Guerra Civil, intentando recoger la bibliografía nueva al respecto.

Sé que es muy difícil analizar la actitud de Unamuno en esa etapa, sobre todo la correspondiente a los seis meses de guerra que él vivió. Sigue faltando un análisis de la prensa extranjera sobre el tema, un análisis que valore críticamente tanto las noticias sobre Unamuno como las entrevistas que se publicaron, algunas plagadas de bulos políticamente interesados. Faltan también exploraciones que comparen lo que se publicaba, después del golpe

militar del 18 de julio, en la zona republicana y en la dominada por los golpistas. En las páginas que dedico a este asunto debo mucho a Elías Díaz, a Eduardo Pascual Mezquita, a Manuel Urrutia, a Ricardo Robledo, a Sandro Borzoni y a otros estudiosos de Unamuno.

El problema principal con que se encuentran los estudios sobre Unamuno es la falta de una buena edición de su obra. Se han recogido artículos de prensa, editado muchas cartas y publicado inéditos, todo lo cual permite abarcar cada vez más y mejor esa inmensa obra. Pero, al mismo tiempo, su dispersión, sobre todo de la correspondencia, convierte en tarea casi imposible llegar a toda ella. De ahí que sea tan urgente el constituir un equipo, o varios coordinados, que editen la obra de Unamuno como se merece un autor de su talla.

Sólo me queda resaltar que, si bien intento en este libro, como ya se indicaba en la primera edición, estudiar la trayectoria intelectual y política de Unamuno, no se trata tanto de un análisis histórico como de un análisis filosófico. Me sigue pareciendo muy interesante el menosprecio que siente Unamuno por la filosofía académica, menosprecio que no le impide aproximarse a lo que dice Kant de ella, que no se puede enseñar filosofía, sino a filosofar, a reflexionar.

Es lo que puede aprenderse de la inmensa obra unamuniana, a reflexionar, por lo que nunca exige que se esté de acuerdo con él. Lo que exige es el debatir y el hacerlo con pasión, con toda el alma, tomando muy en serio los asuntos morales, lo que significa ser ciudadano y, sobre todo, qué significa ser hombre. Humano es lo que tenemos en común todos los hombres, lo que nos hace

iguales a todos por encima de sexo, color de piel, lengua, nacionalidad, pero Unamuno apunta siempre a que no nos conformemos con lo que hay, porque lo que nos caracteriza de verdad no es lo que somos, sino lo que queremos ser. Este es el quijotismo, un afán de ir siempre más allá, de no darse nunca por satisfecho, lo cual implica no quedarse quieto, sino proyectar la vista hacia un ideal en el que la dignidad humana sea reconocida, esto es, hacia una sociedad en la que la vida de unos no sea medio para encumbrarse otros sobre sus hombros, sino que cada vida humana sea fin en sí misma. Es lo que propone Kant en su moral y es lo que propone Unamuno en sus ensayos y en su obra de ficción. Las bromas que se permite en sus prólogos, los de *Amor y pedagogía* o *Niebla,* por ejemplo, son estrategias para poner en guardia al lector, para provocarle, para que use su propia cabeza al leer.

Ésta es otra lección complementaria, el empleo de la ficción para crear mundos inquietantes. Unamuno nunca quiere tranquilizar, sino crear inquietud, mostrar problemas donde otros no quieren verlos. Quien busque sólo la ligereza, el olvido, el nirvana, la pulcritud por falta de pasión, no leerá con interés a Unamuno. Quien admire a las personas de gran pasión y de espíritu fuerte descubrirá en él a un maestro con inmensa fuerza. Veamos cómo ha planteado tantas cuestiones.

San Sebastián de los Reyes, febrero de 2016.

1. ¿Quién era Unamuno?

> *Y yo, para concluir, les diré que si quieren soluciones acudan a la tienda de enfrente, porque en la mía no se vende semejante artículo. Mi empeño ha sido, es y será que los que me lean, piensen y mediten en las cosas fundamentales, y no ha sido nunca el de darles pensamientos hechos. Yo he buscado siempre agitar, y a lo sumo, sugerir, más que instruir. Si yo vendo pan, no es pan, sino levadura o fermento*[1].

1. Hijo de indiano

Miguel de Unamuno y Jugo nació en Bilbao el 29 de septiembre de 1864. Era hijo de un indiano, nombre que recibían los españoles que habían ido a América a hacer fortuna. Con esta fortuna traída de México, que no debió de ser muy grande, Félix Unamuno adquirió una panadería[2] que regentó hasta su muerte, ocurrida en 1870, cuando Miguel contaba 6 años. De la madre de Miguel, doña Salomé, conocemos muy poco, como en realidad de toda la familia. Sabemos únicamente que el matrimonio Félix y Salomé tuvo seis hijos: María Felisa (1861-1932), María Jesusa (1863-1867), Miguel (el héroe de este libro), Félix José Gabriel (1865-1931), Susana Presentación Felisa (1866-1934) y María Mercedes Higinia (1870-1871). Cuando se publique la inmensa correspondencia de Unamuno (él mismo se confesó «epistolómano»), sabremos mucho más de la familia.

Pero dejemos, de momento, a los padres y hermanos, y sigamos a nuestro Miguel, que es un niño bilbaíno, bautizado católico, no faltaba más, y perteneciente, por tanto, a la comunidad religiosa conducida por el papa desde Roma. Esta pertenencia a la Iglesia católica es en España tan obvia que casi resulta retórico el referirse a ello, pero, como veremos, el asunto de la religión y, concretamente, de la religión católica, será un tema muy tratado por Unamuno, para el que nunca fue una obviedad el formar parte de ella.

El niño Miguel, nacido en el Bilbao viejo, en el barrio de las Siete Calles, exactamente en el número 16 de la actual calle de Ronda, fue, según todos los indicios, un niño normal. Asistió a un colegio de pago, del que tenemos algunas noticias porque Unamuno lo rememora en su autobiografía *Recuerdos de niñez y mocedad.* En este libro, publicado cuando Unamuno tenía 48 años (¿cuándo se ha visto que un autor escriba tan joven su autobiografía?), cuenta sus recuerdos de niño y adolescente. Probablemente, el hacer literatura de su propia vida, el novelarse a sí mismo, sea una de las características clave de Unamuno. De todos modos, el libro está en buena parte formado por artículos que ya había publicado anteriormente en el diario bilbaíno *El Nervión* entre 1891 y 1892, y es por cierto interesante comprobar cómo Unamuno intenta en 1908 borrar huellas del entusiasmo que en los años 1891-1892 sentía por Roberto Ardigó (1828-1920), por Herbert Spencer (1820-1903), por Hyppolite Taine (1828-1893). Tal intento constituye un aviso acerca de las precauciones que conviene tomar ante las memorias escritas por el propio Unamuno. El hecho es que

en esta autobiografía cuenta sus simpáticos recuerdos, en los que retrata a los maestros, don Higinio y don Sandalio. Así describe a su primer maestro:

> Fue mi primer maestro, mi maestro de primeras letras, un viejecillo que olía a incienso y alcanfor, cubierto con gorrilla de borla que le colgaba a un lado de la cabeza, narigudo, con largo levitón de grandes bolsillos –el tamaño de los bolsillos de autoridad–, algodón en los oídos y armado de una larga caña que le valió el sobrenombre de el pavero. Los pavos éramos nosotros, naturalmente; ¡y tan pavos![3].

Que Unamuno, a sus 48 años, ya célebre rector de la Universidad de Salamanca y escritor conocido a nivel nacional por sus artículos de prensa, sus ensayos y sus novelas, haya vuelto los ojos a su infancia es todo un indicio del interés por la edad infantil. Pero, más que por la infancia, yo diría que es interés por el contenido de la propia vida, por la exploración del yo y de sus vivencias desde los primeros años. Personalmente, como lector de sus recuerdos, me sorprende la escasa presencia de su madre y de sus hermanos. Pero es probable que esto sea debido a la intención de Unamuno de preservar la intimidad de los suyos, no porque se distancie de ellos, siendo como fue él un hombre tan hogareño y tan ligado a la familia.

Unamuno narra con humor y con pluma maestra sus primeros recuerdos. ¿Y qué es lo que cuenta en ellos? En primer lugar, el colegio, que era «colegio», no «escuela». Las escuelas eran de balde, y a ellas iban los chicos de la calle, los que llamaban «padre» y «madre» a sus padres, no como los de colegio, que los llamaban «papá»